

Indudablemente, no es un tiempo cuajado de satisfacciones, sino para entrenarse en el ejercicio de la sobrevivencia, para ganarle la jugada a cada día y a cada mes. Es un tiempo de desposesión en todos los sentidos, un tiempo sin tiempo y nada más. Pero es también un campo de prueba para quienes son capaces de transformar estímulos negativos en formas de resistencia.

Ana María Gazzolo

Carta de Nueva York

Revistas literarias hispanicas de Nueva York

Max Aub, en un estudio sobre poesía española contemporánea, decía lo siguiente: «el realismo socialista puede dar más de sí que las heces del surrealismo, pero no quiero callar mi esperanza de que la no aceptación, de la rebelión contra cualquiera de esas imposiciones, nazca un arte poético más humano». Y esto último es lo que importa retener. Roland Barthes, en un ensayo

cuyo título es «Escritores, intelectuales, profesores», también se planteaba qué hacer ante las dos teorías del conocimiento de la modernidad: «a saber, la dialéctica materialista y la dialéctica freudiana». Y proponía que si se reunían estos dos paradigmas se podría quizá producir una nueva relación humana. Me imagino que las revistas de literatura y de arte deberían, de algún modo, reflejar el punto en el que en cada época se encuentra respecto a esa variable, y siempre nueva, relación humana e intelectual, al igual que deben detectar el arte poético de cada momento histórico.

Desde el siglo XIX se vienen publicando revistas en español en Nueva York. Por aquel entonces circulaban en esta ciudad dos revistas literarias: *La Revista Ilustrada de Nueva York* (1886-1893) y *Las Tres Américas* (1896-1899); esta última fundada por el poeta venezolano Nicanor Bolet Peraza, el cual murió en Nueva York en 1906. En ellas aparecieron colaboraciones de muchos de los modernistas hispanoamericanos más importantes y hasta de la española Pardo Bazán. También en esta ciudad, ya en nuestro siglo, fundaría Federico de Onís, en 1934, la *Revista Hispánica Moderna* (que ahora, en su «nueva época», es codirigida por Jaime Alazraki y Gonzalo Sobejano). Por sus páginas pasaría todo lo que valía y brillaba (y aún hoy) de la literatura hispánica, pero quizá la preocupación por la alta erudición les impedía constatar (a sus diferentes editores) que en el mismo Nueva York ya existía una literatura, en nuestra lengua, que merecía ser atendida.

Con el tiempo se crearían muchas revistas más en esta ciudad; cada una padecería la suerte que el dinero disponible les deparara: *Review: Latin American Literature and Arts*, publicada por la America's Society, es una de las revistas que con más asiduidad sigue apareciendo. Otros esfuerzos individuales tendrían más corta vida, como es el caso de las revistas dirigidas por Iván Silén: *Caronte* y *Lugar sin límite*; y muchas más (algunas se siguen publicando): *Románica*, *Lyra*, *Emem-Ya*, *La Nuez*, *Brújula*, *Realidad aparte*, etc. Como no se trata aquí de hacer una historia de las revistas hispanicas publicadas en Nueva York (algún buscador de tema para una tesis lo hará alguna vez), ponemos fin a esta enumeración para adentrarnos en el tema central de esta carta: la nueva revista aparecida en esta ciudad, en noviembre de 1993, *Transimagen*.

***Transimagen*, una nueva revista**

Quiero empezar por decir que cualquier esfuerzo que se haga en los Estados Unidos por promocionar su rica producción literaria en lengua española, debe ser alentado y apoyado por la comunidad hispanohablante; por lo tanto, felicito a su directora Lillian Haddock, y a su coeditor, José Luis Colón-Santiago, por haber hecho posible la publicación de *Transimagen*. No obstante, me parece que si no tomamos una actitud autocrítica, corremos el riesgo de que este tipo de esfuerzo termine por darnos una imagen distorsionada de la indiscutible calidad de aquella literatura.

Nos sorprende, desde su breve «editorial», que *Transimagen* salga a la luz bajo un concepto tan común y general como el de cualquier otra revista de las que conocemos hasta la fecha. Pero quizá sea una frase de dicho texto la que muestre mejor lo que estamos tratando de expresar: «La filosofía de amplitud sobre la que se afirma [esta revista] está fundamentada en la necesidad de desarrollar vehículos que sirvan para comunicar, dar a conocer y aglutinar a artistas de diversas nacionalidades que consideren válido su mensaje al mundo» (la cursiva es mía). El problema fundamental no está en la retórica «del mensaje al mundo» (que es una simplificación de la función del arte y la literatura), sino en pensar que hay algún artista, por mediocre que sea, que no considere válida su obra (según esta revista «su mensaje»).

El contenido de *Transimagen* es más alentador que su editorial, aunque no deja de poseer ciertos problemas que quisiera señalar aquí. Empecemos por subrayar su ladera positiva. Hay algunos poemas de gran calidad de autores ya reconocidos en el ámbito internacional de la lengua española: José Kózer, Giannina Braschi e Isaac Goldemberg, entre otros. También publican sus textos en esta revista autores menos conocidos que merecen la atención de los especialistas y de los lectores en general: José Luis Colón-Santiago, David Cortés Caban, las excelentes traducciones de algunos poemas de Elizabeth Macklin (realizadas por Orlando José Hernández), o los cuentos de Celestino Cotto-Medina.

En la sección de «Ensayos» se encuentra un trabajo bastante polémico de Silvio Torres-Saillant, «Literatura y libertinaje: el oficio de la emigración». Este artículo, quizá demasiado paternalista, plantea un problema cen-

tral: «Cuando la emigración hispana en los Estados Unidos supere su actual desarticulación política, económica y cultural existirán las condiciones que permitan el surgimiento de un juicio relativamente común sobre arte literario en particular y productos estéticos en general». Esto quiere decir que para que exista una crítica «seria», relacionada con la literatura hispánica de los Estados Unidos, habría que esperar ese momento histórico ideal (no sé qué hora, qué día o qué año) en el que las fuerzas socioeconómicas-político-culturales llegarían a su madurez en este país. ¿No podría suceder todo lo contrario? Es decir, que la crítica pueda dar coherencia cultural a la dispersión actual de la producción literaria en lengua española en los Estados Unidos. Por otro lado, Torres-Saillant recomienda a cualquier artista una sistemática autocrítica, y un rigor que, de algún modo, legitimarían sus obras y evitaría una cierta autoindulgencia frente a la producción propia; lo cual, sin duda, disminuye siempre la calidad de la obra de un autor. Esto, con ser verdad en el caso de muchos escritores hispanos de los Estados Unidos, no es sino una generalidad que se podía aplicar a los escritores poco rigurosos de cualquier país. Por lo demás, se encuentran en esta sección de ensayos de *Transimagen* unos cuantos artículos de bastante interés, aunque a mí me parece el más significativo el trabajo de Catherine Bernamou sobre cine cubano.

Ahora bien, mi reparo principal a *Transimagen* es la falta de un intento para que esta revista se distinga de las demás, tanto por su estética como por su ética. El hecho de que su contenido tenga una escasa relación con el momento actual de la producción artística de los hispanos en los Estados Unidos, cada vez más influyente en el ámbito norteamericano del arte, y de que la cultura popular producida por los hispanos en este país (rap latino, salsa, grafitti, muralismo) sea desatendida, no creo que favorezca demasiado a *Transimagen*. Por otro lado, la situación social de los hispanos en Nueva York, por poner un ejemplo, es tan compleja (como es el caso de la violencia cotidiana en la que viven) que me parece que una revista publicada en esta ciudad tiene que tener en cuenta esas coordenadas culturales y sociales, las cuales, tarde o temprano, afectarán a nuestra cultura en general. Ahora bien, si lo que se pretende (como parece indicar el editorial antes mencionado) es abrir las

puertas a los nuevos artistas de «todas las nacionalidades», francamente creo que el destino de *Transimagen* es, por ilimitado, un tanto precario e ingenuo.

Violencia, literatura y arte

¿A quién le extraña que la violencia sea la más fiel aliada de la cultura occidental? Si recorremos con mirada rápida algunos textos, algunos museos, algunos periódicos, algunas películas, algunos programas de televisión, algunos vídeos, veremos que la realidad virtual de nuestra cultura se funda en una realidad brutal: la de la violencia humana. Desde la *Biblia*, que nos recomienda como plato del día el «ojo por ojo y diente por diente»; desde el «Génesis», cuya violencia creadora de Dios es tan arbitraria como la de cualquier dictador moderno, desde Caín y Abel la violencia forma parte de nuestra cultura.

Por suerte, algunos artistas, escritores e intelectuales, no han permanecido mudos ante los períodos más violentos de nuestra civilización. Nos toca a nosotros también preocuparnos por esta guerra sorda, sin enemigos concretos, que estamos viviendo. Bien decía Albert Camus que el siglo XX será conocido como *el siglo del miedo*. Y no se trata de «ponerse» apocalípticos, pero sin dejar de ver el lado positivo de esta sociedad, sería inmoral cerrar los ojos ante el terror bajo el que vivimos, sería inmoral no hacer algo; aunque sólo sea escribir unas cuantas líneas, pintar un cuadro, hacer una fotografía, que denuncien la violencia actual; aunque sólo sea para reflejar este estado de la sociedad en una revista como *Transimagen*.

«Pienso en la niña violenta —escribía José Moreno Villa durante su estancia en los Estados Unidos—, en la niña violenta que es Nueva York toda, y toda América del Norte». Recientemente un hombre, Colin Ferguson, entró en un tren y asesinó a cinco personas, e hirió a diecinueve; una de ellas murió unos días después. Las víctimas reales eran aquellos cuerpos ejecutados en lo que podía haber sido un día como cualquier otro, con su rutinario trabajo en Manhattan, con el viaje hacia la

paz bucólica de las afueras de la isla, de una clase media que ha abandonado el horror de estar en Nueva York por la supuesta tranquilidad de los pueblecitos y los suburbios. En el corazón de esta ciudad, en las mismas calles donde hace poco realizaban sus negocios las prostitutas, los vendedores de drogas, los chulos, se ha instalado un «Reloj de la Muerte» electrónico en el cual aparece el número diario de los muertos por armas de fuego en este país; para el mundo entero quizá sea sólo una forma brutal de empezar el año 1994, pero para los que escribimos en Nueva York creo que es otra señal de alerta que debería quedar reflejada en nuestras obras.

¿Y cuál es la tarea del intelectual, del escritor, del artista?, ¿retirarnos a los suburbios de la creación, de la escritura, de la estética, de las revistas bonitas de la alta cultura? Escribir es un acto político del cual debemos estar conscientes; escribir no es sólo esperar un reconocimiento de la sociedad letrada, para que sepan quiénes somos y lo que valemos, lo que vale lo que nos gusta a nosotros y a nuestro clan. El etnocentrismo egoísta de los intelectuales puede ser tan dañino como el racismo, o el colonialismo. Estamos en una situación de guerra silenciosa, donde la violencia diaria contamina toda nuestra existencia, y los «creadores» no pueden permanecer ajenos, indiferentes, alejados de esa violencia.

Cuando mencionábamos al principio de esta nota aquel «arte poético más humano» que proponía Max Aub, y la posible «nueva relación humana» que intuía Roland Barthes, estábamos pensando ya en que esta nueva relación humana hay que buscarla, hay que hacerla, y para que esto sea posible el escritor y su obra deberían estar más atentos a lo que ocurre en nuestra sociedad. Si alguien piensa que hablar en estos términos es ya asunto viejo, del pasado compromiso social, mi respuesta es muy sencilla...: la muerte también es vieja, la violencia también es vieja, pero sucede que tanto una como otra serán siempre nuestras queridas y odiosas compañeras, y que nuestro deber es también ofrecerle al ser humano un poco de esperanza.

Dionisio Cañas